

RECENSIONES

CORNEVIN, ROBERT ET MARIANNE: *Histoire de l'Afrique. La nouvelle Afrique africaine.* Payot, París 6.º, 1964, 422 págs.

En la política internacional actual, la evolución del continente africano viene constituyendo sin duda, uno de los factores de mayor intensidad y muy acelerada precipitación. Desde que en la Conferencia celebrada, en Addis Abeba, en Mayo de 1963, se mostró por primera vez la realidad de que los problemas de los países y los pueblos africanos están influidos por determinantes de encuadramientos continentales, el africanismo cambiante resume las mayores cuestiones de estructuración y descolonización entre las naciones ex-dependientes. En los comienzos del corriente 1966 los problemas africanos más agudos han surgido en Nigeria y Rhodesia del Sur, pero dentro del sector negro-tropical se han enlazado con las sacudidas del Africa Occidental de lengua francesa. A su vez ocurre que los golpes y los cambios bruscos revelan las dificultades que la urgencia de las modernizaciones políticas y técnicas encuentran cuando dichas modernizaciones no tienen en cuenta los antecedentes del ambiente natural, antecedentes en gran parte condicionados por las formas de su pasada formación histórica.

La historia de Africa no es así un simple relato de hechos, sino un previo encuadramiento de condiciones y circunstancias, que unas veces facilitan y otras retrasan la urgencia de las adaptaciones de los Estados africanos al estilo internacional general y a las posibilidades de una completa descolonización. Así, para llegar al fondo de los motivos de los cambios de las razas y los regímenes africanos del momento, deben tenerse en cuenta los antecedentes históricos continentales. Hay, sin embargo, la dificultad de que no aparecen nunca en las obras de Historia Universal (con la única excepción de los de los Estados de cultura árabe en Africa del Norte y el Valle del Nilo). Hace falta tener a mano un manual claro y completo, tan abundante en fechas y datos de épocas como escaso en interpretaciones demasiado subjetivas. Hasta ahora el mejor es la «Histoire de l'Afrique» del señor y la señora Cornevin, que han hecho casi toda su labor a lo largo de muchos años en varios sectores africanos tropicales.

Respecto a las formas y las tendencias peculiares del continente meridional estudiado, el señor y la señora Cornevin creen esencial la observación previa de que ni para los estudiosos africanos, ni para los de otros países, pueda ser nunca útil ni justo el creer que la historia de Africa sea un simple apéndice lateral, al lado o más abajo de la historia general de los países (europeos y asiáticos) que dan al Mediterráneo. Según los autores de esta «Histoire de l'Afrique», los mayores factores de originalidad son los de las influencias del clima y las posibilidades de unas adaptaciones hechas en profundidad: más que en extensión.

La climatología y la profundidad significan que si los recursos del suelo son a veces escasos y otras veces poco diferenciados, en cambio, las líneas generales de sus regiones tienen unas determinantes continuas dentro de climas casi siempre cálidos. Esto impulsa a sus habitantes a no buscar cambios demasiado bruscos, o a frenarlos si se producen por causas externas (como las de las colonizaciones y las decolonizaciones). La mayor defensa de los pueblos africanos está en sus tendencias a la conservación, las resisten-

RECENSIONES

cias pasivas, el aguante dentro de sus estructuras étnicas o sociales, y la tendencia a absorber los extranjerismos llegados de fuera, dentro de un empeño sincretismo.

Sobre esto se afirma en las conclusiones del referido libro, que cuando los actuales dirigentes africanos aportan desde Nueva York y Moscú (o desde París y Londres) nuevas teorías sociales y políticas, tienen que rehacerlas a las medidas de los empeños locales. En todo caso dichos localismos tienden hoy a continuar los empeños de absorción y fusión por los cuales el islamismo de los negros es diferente del islamismo de los árabes, y por los que antes el cristianismo norteafricano creó sus normas más pasionales que cerebrales. Así dicen los Cornevin: «L'Afrique peut trouver des motifs de fierté par l'extraordinaire souplesse, l'étonnante plasticité de ses habitants qui lui ont permis d'assimiler dans l'apport européen ce qui est favorable et de rejeter le reste».

En cuanto a las normas de la plasticidad africana vista desde fuera, es evidente que no puede ser tratada con la misma continuidad y el mismo sentido de unidad que la historia europea, puesto que hasta el siglo XIX el «Africa blanca» y el «Africa negra» evolucionaron completamente separadas. Respecto al Africa negra, las dificultades crecen si se trata de abordar su historia según el sentido erudito tradicional (aunque ya superado) de que sólo puede hacerse labor historiadora a partir de documentos escritos. En cambio, el horizonte de la labor se amplía asombrosamente si se ensancha la noción de lo histórico incorporando los documentos etnológicos, lingüísticos, antropológicos, etc. En Africa se ha dado el antecedente de que su parte Norte haya sido (gracias a Egipto, y luego a Cartago) uno de los puntos de origen de la gran civilización europea-occidental, al mismo tiempo que al otro lado del Sáhara han existido hasta comienzos de este siglo, regiones con usos casi todavía neolíticos.

Hubo, sin embargo, entre los siglos XI y XV, un período de marcha hacia una especie de unidad continental, cuando la penetración del Islam sirvió como estímulo para crear en las regiones sudanesas del Nilo, el Niger, el lago Chad, etc., una serie de reinos negros muy bien organizados. En el siglo XVI la marcha progresiva de la culturalización central se rompió bruscamente por varias causas, entre las cuales destacaron la implantación de la trata de esclavos en el Atlántico, así como la trata mediterránea de los turcos. El siglo XVII y el XVIII fueron de derrumbamientos. Las grietas de las diferencias de nivel entre las culturas africanas y entre estas y las europeas, se agrandó de tal modo que la casi totalidad del continente cayó en manos de la colonización al final del siglo XX. Entonces se abrió, el resto del mundo, el total del continente africano, pero fue al precio de su despersonalización. Ahora, desde las nuevas independencias se trata de que renazcan o se rehagan las originalidades estructurales de las sociedades negras comunales, las estructuras de sus sistemas de pensamiento sintetizadoras, y los empeños humanísticos de sus aspiraciones políticas.

Con todo esto se desemboca en los sectores de la política internacional y mundial, sobre las cuestiones más candentes entre las actuales planteadas: es decir, las de las consecuencias de la descolonización. Después de la llamada primera «Africa europea» de las ocupaciones totales desde el Congreso de Berlín en 1882, siguió el período de las organizaciones coloniales entre 1902 y 1946. A su vez la descolonización ha tenido dos momentos sucesivos y escalonados: el de 1946 a 1960 y el que llega hasta hoy.

El 1960 resultó ser una fecha clave, por ser «el año de las dieciséis independencias». Entonces tomó sus decisiones el grupo de países de anterior presencia francesa, y entonces el conjunto de las repúblicas negras pasó a desempeñar un papel de primer plano en la escena internacional.

Todo el conjunto de las épocas, y sus transformaciones se resumen en el libro de Cornevin a través de seis partes sucesivamente dedicadas a «Africa africana», «Africa mediterránea», «Africa árabe», Africa entre el Imperio turco y las Indias, Apertura de Africa, Africa europea y Nueva Africa africana independiente. Va incluida una excelente y completa bibliografía por capítulos, recogiendo los títulos de todas aquellas obras que son fundamentales para uso de los lectores no especializados.

Respecto a Robert Cornevin, y al significado de sus antecedentes personales, sobre el enfoque y los desenvolvimientos del tema de su obra, ha de recordarse que actualmente es el jefe del Centro de Estudios y Documentación sobre Africa y Ultramar en

RECENSIONES

París, así como director científico de «Africa Contemporánea», y profesor en el Instituto de Altos Estudios de Ultramar. El fue quien primero planteó e inició el estudio de la historia política de los países del antiguo continente que se llamó misterioso, por medio de un sentido monográfico y vertical. Su Historia de Africa resume el mismo empeño de mostrar claramente ordenados, tanto los valores de la síntesis continental como los de las diferenciaciones humanas y regionales.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

LÓPEZ TAMÉS, ROMÁN: *El Estado libre asociado de Puerto Rico*. Publicaciones del Instituto de Estudios Jurídicos. Universidad de Oviedo, 1965. 284 págs. Prólogo del profesor Luis Sela Sampil.

Este libro, producto de una investigación concienzuda, no es de fácil lectura. Por lo menos para un español. No porque no valga la pena, que sí la vale, y no porque no sea apasionante, que sí lo es. Ni siquiera por que sea, en cierto modo, la historia de un territorio, «una isla pequeña en el Caribe», que ha vivido bajo dos sistemas de colonización y cuya presentación está admirablemente hecha y resumida por el propio autor al decir:

«Puerto Rico tiene uno de los índices más elevados del mundo en crecimiento demográfico, suelo de pobres recursos y altas cifras de desempleo crónico, emigración abundante y en difíciles condiciones al continente norteamericano, agrias relaciones de la Iglesia Católica y la Administración, por los planes gubernamentales de control de la natalidad. Ha saltado de una economía tradicionalmente agrícola a la industria de acelerado desarrollo con capital ajeno, sufre los problemas propios del mestizaje racial que, aunque nunca evitado, está lejos como en toda Iberoamérica de haberse sedimentado. Y todo queda subrayado por su historia de dependencia colonial a dos metrópolis, que han hecho pendular su necesidad de definición hacia gobiernos distantes en todos los órdenes y, sobre todo, de un signo cultural diferente.»

Puerto Rico es lo que ha sido siempre, desde la llegada de los españoles: la dependencia de una potencia extraña o, si se prefiere, extranjera. Pero es también, y esto sí que se lee con tanta incomodidad como apasionante interés, un campo de experimentación constante, de vastas dimensiones en todos los sentidos y dirección, y de enorme, trascendental, sin duda, significación.

«Puerto Rico, desde el 17 de marzo de 1899, por una orden del Gobierno militar de los Estados Unidos, reconoce la institución del divorcio—escribe el Dr. Román López Tamés—en una sociedad tradicionalmente católica. La legislación posterior fué añadiendo, al ritmo de algunos Estados federales avanzados, causas de divorcio. Las dos últimas se adoptaron por la Ley número 62 del 20 de abril de 1942. Gran parte de los divorcios se logran por el mero consentimiento de los cónyuges. Según los informes anuales del Director Administrativo de los Tribunales de Puerto Rico, en los años de 1960 y 1961 hubo 16.768 divorcios, que representan un divorcio por cada cuatro matrimonios celebrados. La institución del divorcio, que tiene su sentido en la sociedad que lo origina, es llevada en la isla a sus más desafortunadas consecuencias. Las prácticas neomalthusianas, esterilización y anticonceptivos, se llevan a cabo a través del Gobierno, en campañas que llegan a todos los lugares. De los informes anuales del Secretario de Salud, en la década de 1950-1960 se hicieron 6.317 esterilizaciones en los hospitales de distritos y centros de salud del Gobierno. Y en la misma década se distribuyeron 300.000 medios anticonceptivos por conducto de los centros de salud. La Asociación Puertorriqueña Pro Bienestar de las familias, que se sostiene en su mayor parte con fondos provenientes de los Estados Unidos, sólo en 1945 distribuyó alrededor de 500.000 medios anticonceptivos, y es de suponer que desde 1945 hasta el presente ha mantenido esa cifra de

RECENSIONES

distribución anual, lo que arrojaría un total de no menos de 11 millones de anticonceptivos de distribución gratuita. A esto hay que añadir que en la misma década de 1950-1960, médicos, enfermeras, asistentes sociales del Gobierno dieron consejos e instrucciones a más de 100.000 mujeres en las clínicas estatales y se calcula que en los hospitales oficiales, en el mismo período se efectuaron no menos de 10.000 abortos. Un perito norteamericano se refería desde Washington al papel especial que Puerto Rico desempeñaba en el mundo de habla hispana, ya que, siendo un país católico en su tradición, había ido más allá que cualquier otro en la esterilidad, como medio de controlar la natalidad, «operación que generalmente se hace en las madres mientras se encuentran en el hospital, después del embarazo». A estos aspectos que Puerto Rico ofrece por solucionar con instrumentos que no ha elaborado por sí mismo, hay que añadir el que—según protesta de una facción puertorriqueña—en la isla se ha establecido un laboratorio de pruebas y se «trata a millares de nuestras mujeres como conejillos de Indias». (La cita completa, ya en nota al pie, tomada de *El Mundo*, del 9 de noviembre de 1962, dice: «Puerto Rico ha sido y sigue siendo utilizado como laboratorio, y millares de nuestras mujeres, como conejillos de Indias para experimentos con drogas anticonceptivas, tales como la píldora llamada Enovid, y los resultados positivos de estas pruebas sirven de base para la difusión de estas drogas, especialmente en los llamados países subdesarrollados».)

Vista la situación de Puerto Rico desde los Estados Unidos, no hay duda que ha habido grandes cambios y es posible que haya habido también algún progreso. Pero entre la mucha documentación en que se apoya esta obra, preparada como tesis doctoral y en la que casi no es posible encontrar más reparo que alguna dificultad, leve pero llamativa, de idioma, como si fuese un reflejo del trabajo que ha tenido que suponer la traducción de muchos textos y referencias del inglés al español, está una larga cita de uno de los libros de John Gunther, el hombre que ha dedicado larga parte de su vida a ver las cosas por dentro en todos los continentes de nuestro planeta.

En esa cita se dice:

«Me paseé detenidamente por las calles de San Juan e hice una o dos excursiones por la zona rural. Lo que encontré me espantó. Ví chozas destartadas que se hacinaban sobre un suelo barroso y húmedo de muladar, a pocas millas de la base naval de los Estados Unidos, escena que es una desgracia y vergüenza para nosotros.

»Vi a los niños marcados por la enfermedad y al borde de la inanición de hambre, en barracas de lata, si se pueden llamar barracas, que por comparación hacen aparecer como higiénicas las chozas de Calcuta.

»VÍ, en resumen, miseria, enfermedades, inmundicia, basura. Ver esto en cualquier parte del mundo hubiera sido lamentable. Hubiera sido desagradable verlo en las remotas tierras del Perú o en las orillas del Ganges.

»Pero verlo en territorio norteamericano, en un pueblo al que los Estados Unidos han gobernado desde 1898, en una región en donde ha sido absoluta nuestra responsabilidad federal durante cuarenta y tres años, supone un duro golpe para cualquiera que crea en los principios norteamericanos de progreso y civilización.

»El cuadro que el ojo ve es bastante malo. Lo que se oye es aun peor. Encontré que en Puerto Rico de 350 a 400.000 niños en edad escolar, alrededor del 56 por 100, no tienen instrucción por no tener suficientes escuelas.

»Encontré que en algunas aldeas el 100 por 100 tiene malaria.

»Encontré que la mortalidad infantil es en Puerto Rico la más alta del mundo, cuatro veces la de los Estados Unidos.»

En fin, ¿a qué seguir con una cita que es más larga aún? Sobre todo porque es muy posible, casi seguro, que el índice de la mortalidad infantil habrá disminuido mucho en el último cuarto de siglo, en particular porque a causa de ser Puerto Rico un verdadero laboratorio de experimentación en gran escala ha bajado mucho, con toda seguridad, el número de los niños que de otra manera hubieran estado condenados a morir en la más tierna infancia.

Hay procedimientos distintos para contener un crecimiento demográfico a un ritmo demasiado acelerado y durante un espacio de tiempo de considerable duración. Y si la

RECENSIONES

impresión que produce el aspecto deslumbrante de San Juan de Puerto Rico y de una buena parte de sus alrededores no deja ver la mucha miseria que todavía se esparce un poco más allá, entonces se puede ir a Harlem, dentro de la misma ciudad de Nueva York, para contemplar el espectáculo un tanto original que supone el traslado hacia allí de la miseria, hacinamiento, criminalidad, analfabetismo y otras cosas más de lo que pasa por ser un Estado Asociado y que las Naciones Unidas han aceptado como país autónomo pero que en realidad es algo completamente distinto.

Se quiere que sea un ejemplo, entre otras cosas, digno de imitación por parte de los países hispanoamericanos. Pero, advierte el doctor Román López Tamés, «la visión que el iberoamericano tiene del puertorriqueño se acentúa por la frecuencia con que el Gobierno de los Estados Unidos envía a isleños en misiones de Washington para las repúblicas del Sur. Así, Teodoro Moscoso, Coordinador de la Alianza para el Progreso hasta su sustitución por el presidente Johnson, a comienzos de 1964; Arturo Morales Carrión, subsecretario adjunto (director general, en realidad) de Estado para asuntos latinoamericanos; Rafael Picó o el doctor Campos del Toro, consultor de la citada Alianza para el Progreso. Todos ellos, en su faceta de «jefes ejecutivos», reconocen el fracaso de sus tareas mediadoras continentales. Campos del Toro revela que sus consejos para países hispánicos se han visto recortados por la condición política de Puerto Rico: «me miran como a un agente del Departamento de Estado» («El Imparcial, 23-XI-62), y Teodoro Moscoso fué insultado en Caracas como «traidor y vendido a los dólares e imperialismo yanqui». Claro es que Moscoso, despechado por su revés en la misión que se le había encomendado, hacía declaraciones de este tenor: «Nos estamos entendiendo con países desolados por la historia», y «la América Latina obtuvo su independencia de un régimen de bancarrota para lograr una herencia vacía» («The San Juan Star», 10-XII-62), con abundantes alusiones al régimen colonial español de crueldad y deprecación en el Caribe. Esta faceta anglosajona desencadenó en la otra vertiente, la originaria, del alma puertorriqueña una poderosa reacción (v. «Palabras desgraciadas», Editorial de «El Imparcial», 12-XII-62).

Ya en la terminación misma, habla su autor con acento de profundo pesimismo. «Encontrar—dice—un camino que aumente y mantenga el desarrollo económico alcanzado con una autonomía política y cultural, es el difícil problema de Puerto Rico. Su total solución, conseguir estos tres propósitos, es imposible y tendrá que lesionarse una de las tres exigencias. Yo creo que será su continuidad cultural, su raíz hispánica. Todo lo expuesto en las páginas que preceden hace pensar en la permanencia durante algunos años del Estado Libre Asociado, cubiertos los flancos de su fragilidad constitucional con una más efectiva representación en el Congreso y una contribución en los gastos federales. Y en un futuro, que aun no es cercano, Puerto Rico será el 51 Estado federado de los Estados Unidos de América».

Pero aunque sólo sea muy de pasada se hace en estas páginas alusión constante a lo que tiene con todo esto alguna relación, a la situación en otros países hispanoamericanos, a los desembarcos frecuentes de tropas de los Estados Unidos, sin olvidarse siquiera de uno muy reciente todavía, que persiste, en la República Dominicana. Y se trae de nuevo a la actualidad, entre muchas citas altamente dignas de ello, esa ya históricamente famosa del general Smedley D. Butler, hecha ante una comisión investigadora del Congreso, en Washington:

«Pasé 33 años y cuatro meses—dice—en servicio activo como miembro de la fuerza militar más ágil de nuestro país, la Infantería de Marina. Serví en todos los grados, desde segundo teniente (alférez) hasta Mayor General (general de división)... Contribuí a que Méjico, especialmente Tampico, quedara disponible para los intereses petroleros norteamericanos en 1914. Ayudé a hacer de Haití y de Cuba sitios adecuados para que los chicos del National City Bank obtuvieran utilidades. Presté mi contribución en la purificación de Nicaragua para la Banca Internacional de Brown Brothers en 1909-1912. Saneé a la República Dominicana para los intereses azucareros norteamericanos en 1916. Ayudé a preparar Honduras para las compañías fruteras norteamericanas en 1903. En China, en 1927, me ocupé de que la Standard Oil no fuera molestada. En todos estos años me dediqué como dirán «los muchachos de la trastienda» a «un

RECENSIONES

estupendo negocio». Se me recompensó con honores, medallas, promociones. Cuando pienso en ello, me parece que habría podido hacer algunas sugerencias a Al Capone. Lo más que éste pudo hacer fué operar sus ilícitos negocios en tres distritos de una ciudad. Los infantes de Marina operábamos en tres continentes.»

JAIME MENENDEZ.

The Middle East and North Africa. 1965-1966. Europa Publications Limited. Bedford Square. London, 1965, 820 págs.

En sin duda evidente que desde la segunda guerra mundial, tanto los países que componen el conjunto oriental y meridional del Mediterráneo, como sus naturales prolongaciones hacia los territorios del otro lado del Sáhara, y hacia el semicontinente indostánico, han pasado a ocupar uno de los puestos de primer plano y mayor relieve en la política mundial. Esto explica que, tanto con su nombre clásico y técnico de «Próximo Oriente», como utilizando el poco exacto neologismo anglosajón de «Middle East» los libros dedicados al carácter y los problemas de los territorios situados más acá y más allá del Canal de Suez, hayan venido siendo prolijamente abundantes, sobre todo desde 1956. Sin embargo, una gran parte de dichos libros han respondido a las pretensiones de los aspectos más sensacionales en las actualidades que iban sobreviniendo. Otros han sido promovidos por interpretaciones subjetivas de sectores personales, y por eso tienen más valores doctrinales que documentales. Hay algunas de probidad técnica absoluta, pero por lo mismo, su consulta suele quedar en manos de los especialistas. Y un cuarto grupo es el de los manuales demasiado restringidos de breve información.

Era necesaria una obra que reuniese las características de la claridad a las del rigor escrupuloso en la selección de datos, que fuese un repertorio de fechas, cifras y datos puestos al día a la vez que una completísima introducción explicativa para saber lo que pasa y por qué pasa. Este es el papel que ahora desempeña el londinense libro «The Middle East and North Africa», en el cual no sólo están detallados y explicados los países de la región, sino varios que los completan y son «su otra orilla» al otro lado del África tropical. En esencia las zonas estudiadas son las de los trece países miembros de la agrupación de Estados Arabes más Turquía, Persia, Chipre, Israel, Etiopía, Somalia; y el grupo transahariano que componen Mauritania con Malí, el Chad y el Níger. En total el libro se ocupa de veintiocho países y territorios. En cada uno se detallan su geografía e historia contemporánea, sus sistemas de gobierno y sus partidos políticos, legislación, educación, asociaciones culturales y sociedades económicas, organizaciones parlamentarias y diplomáticas, etc. Además de un repertorio biográfico de personalidades salientes.

Aparte de los países sueltos, se incluyen varios resúmenes de referencias sobre problemas generales y organizaciones internacionales que funcionan en la región, o ramas regionales de organizaciones mundiales. Así sucesivamente se van enumerando los fundamentos espirituales y legislativos del Islam, los servicios especiales que en Oriente cercano tienen montadas las Naciones Unidas (como la UNEF, la UNTSO y la UNRWA en Palestina, y la UNFICYP en Chipre); las secciones locales del Programa de Asistencia Técnica, etc. También la Comisión Económica para África, la Liga Árabe en El Cairo, la CENTO con su sede central en Ankara, y el Comité Permanente de Consulta del Maghreb en Rabat.

Hay también unos cuadros estadísticos muy detallados sobre las producciones de los petróleos próximo-orientales y norteafricanos (con la relación de las grandes compañías explotadoras), sobre el problema humano de los refugiados, la actuación de la «Regional Cooperation For Development», y los detalles del tráfico en el Canal de Suez.

Aparte de las acumulaciones de muchos datos, con letras menudas, el repertorio y

directorio que constituye la obra londinense se preocupa por encuadrar los países reseñados dentro de sus normas geopolíticas y mundiales naturales. Por ejemplo, su primer punto de partida consiste en un cuidadoso análisis de todos los rasgos estructurales esenciales que oculta la denominación demasiado vaga de «Middle East».

El uso de dicha denominación nació y se desarrolló durante el transcurrir de la segunda guerra mundial. Aunque desde los primeros momentos se supo que el nombre era inexacto, el comienzo de aplicación estuvo en una especie de asociación mental con todas las zonas que estando situadas más o menos alrededor del Canal de Suez, o en relación con los problemas intercontinentales que planteaba Suez, tenían aspecto enlazados para la estrategia de los aliados contra el Eje. Después, el uso de la expresión de «Oriente Medio» ha continuado en el uso, a pesar de su inutilidad técnica y funcional evidente. El referido gran repertorio de datos londinenses la conserva atendiendo al hecho consumado de su difusión predominante, pero la corrige y amplía agregando los países más directamente relacionados. Así hace con los del Norte de África que forman parte de la agrupación de Estados árabes, y con la pareja de Etiopía-Somalia cuyos fundamentos están en el semitismo.

En cuanto a la agrupación de los países y los pueblos, uno de los criterios fundamentales es atender a los rasgos generales de la geografía político-social, respecto al comportamiento internacional de las colectividades humanas. Ante todo el referido «Oriente Medio» (lo mismo que sus prolongaciones sobre sectores africanos) compone un conjunto de territorios donde los elementos del patriotismo no los da el nacimiento sobre un determinado suelo, sino la pertenencia hereditaria a una familia, a un clan, a un grupo racial, o a una comunidad religiosa de rito determinado. A pesar de los modernismos que desde 1920 hasta 1960 aproximadamente han ido creando Estados centralizados con fronteras bien definidas y regímenes unitarios entre los países sajarianos y los que se asoman por Arabia al Océano Indico, las principales raíces de los nacionalismos tradicionales no radican en las poblaciones donde se nace, sino en las estirpes de las cuales se procede.

Los contrastes entre lo abiertas que están actualmente unas zonas donde se enlazan y funden lo mediterráneo con lo africano y asiático por una parte, y la tendencia de los habitantes a apretarse sobre sus tradicionales nexos de fraternidad étnicas, o «consensus» de grupos rituales comunales, son un rasgo distintivo de los países árabigos. Lo mismo ocurre con sus vecinos en Asia Menor, la meseta iraní, los lados africanos del mar Rojo, etc. Ante este elemento predominante comunal y de grupos sociales tradicionales, quedan en lugar secundario tanto los fondos raciales generales (semítico, nilótico, armenoide, iránico, etc.) como los encuadramientos y bordes de separaciones fronterizas entre los modernos Estados.

Respecto al lenguaje, no sólo se comprueba que actúa como elemento nacional, cultural y filológico, sino que en gran parte determina las grandes agrupaciones respecto a la política internacional. Así resulta que las naciones reunidas en la Liga Árabe de El Cairo no se caracterizan ni se agrupan por sus características étnicas, religiosas o localistas, sino porque en todas ellas el idioma y la mentalidad árabe son los factores predominantes. Un antecedente filológico existe también en la unidad interna de los kurdos, a pesar de que estos no han llegado a formar nunca una nación especial.

Respecto a los factores religiosos, aunque el Próximo Oriente haya sido la cuna del monoteísmo en todas sus formas, y anteriormente lo fué de varios arraigados paganismos, era corriente ver que en muchos libros de historia usuales, se confundían los encuadramientos de la religión con los de la vida internacional en sus sentidos más amplios. El libro «The Middle East and North Africa» hace notar lo frecuente que allí es anteponer las vinculaciones confesionales a los datos del pasaporte. Así se oye decir: «Soy católico», «Soy ortodoxo», «Soy sunnita», «Soy Chi-ita», antes que «Soy libanés» o «Soy iraquí» por ejemplo. Sin embargo, la religión no recubre hoy jamás lo estatal. Entre los principales países que cuentan con mayorías de habitantes musulmanes, Turquía es laica; la República Árabe Unida practica una amplia tolerancia activa; Irán tiene un rito islámico casi particular, cuyo mesianismo le distancia de la política oficial; Líbano reparte los puestos del Gobierno y las administraciones públicas en proporción

RECENSIONES

de sus religiones diversas, y en Israel la religión judaica y el sionismo oficial marchan por dos caminos que son más paralelos que absolutamente idénticos.

Entre los grandes lazos geográficos comunes que dan al «Oriente Medio» de 1966 su fisonomía de conjunto, los petrolíferos ocupan sin duda puestos preponderantes. Los recursos y los rendimientos de petróleo en todos los sectores que van desde Libia hasta el Golfo Pérsico, quedan englobados dentro de un mismo sector de la producción y las reservas mundiales. Desde septiembre de 1960 los países productores próximo-orientales están agrupados y articulados para defender sus intereses comunes (juntamente con Venezuela e Indonesia), después de un congreso que tuvo lugar en Bagdad. Su agrupación es la denominada O. P. E. C.: es decir «Organisation of the Petroleum Exporting Countries», la cual ha celebrado ocho congresos hasta el de Ginebra en abril de 1965.

Otros sectores plurinacionales de especial interés sobre los cuales el referido libro proporciona una información muy detallada, son los de las organizaciones regionales, tales como la C. E. N. T. O. u Organización del Tratado Central, el Comité Consultivo del Norte de Africa y la Liga de los trece Estados árabes independientes. Sobre cada una de estas agrupaciones de naciones, se dan las fechas de los antecedentes esenciales en sus políticas internas e internacionales, los detalles de sus organizaciones gubernamentales, y los textos de los principales pactos constitutivos.

En general, y como resumen de una observación minuciosa, puede decirse respecto al libro londinense sobre el conjunto Africa-Oriente, que constituye verdaderamente una guía única tanto por lo completo del contenido como por el cuidado en la presentación. No puede dejar de mencionarse el interés de que por el tamaño de las páginas y lo apretado de la letra, su contenido es especialmente denso y abundante. En realidad desde ahora será casi imposible emprender sobre los países del Sur y el Este mediterráneos ningún estudio completo, sin tener a la vista los datos del repertorio-guía de «Europa publications limited». Sobre todo porque igualmente puede servir a los especialistas que a quienes sólo buscan una clara información general.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

EVANS, LAURENCE: *United States Policy and the Partition of Turkey, 1914-1924*. The Johns Hopkins Press. Baltimore, 1965, 437 págs.

Uno más en la ya larga e importante serie de estudios históricos y de ciencia política de la Universidad de Johns Hopkins, que empezó en 1883 y ha continuado hasta el día, a razón desde hace tiempo de dos volúmenes al año, en vez de los diez o doce que solían publicarse en el pasado, este volumen es una nueva y valiosa aportación al estudio y comprensión de la política exterior de los Estados Unidos. Al estilo tradicional, un poco pesado a causa de una carga abrumadora de notas, que con demasiada frecuencia ocupan un espacio considerablemente mayor que el de la narración en sí, aún teniendo en cuenta la diferencia en el tipo de letra, se consigue presentar la posición de los Estados Unidos en forma que acaba resultando altamente sugestiva. Más por lo que se insinúa que por lo que se dice, puesto que con documentación nada más suele no resultar fácil la tarea de introducir una nota de interpretación y explicación en el desarrollo de una exposición de indudable interés histórico.

Aquí, al igual que en otras obras dedicadas a historiar e interpretar los acontecimientos a lo largo de todo un período que termina con la primera guerra mundial, está en evidencia el papel reducido que han jugado hasta entonces los Estados Unidos en el ancho campo de las relaciones internacionales. Por razones que no siempre encontrarían una explicación fácil de no pensarse más que en las características especiales de una nación cuyo proceso de formación, desde el punto de vista geográfico y algo más, no terminó del todo hasta mediado, por lo menos, el siglo pasado. Si fuese posible dejar

a un lado aspectos tan importantes para la historia—y las relaciones—de los Estados Unidos como propósito, deliberado, casi desde un principio, de influir de una manera decisiva en las cosas del llamado hemisferio occidental, se podía llegar a la conclusión de que la aparente falta de interés en lo que podía suceder en el resto del mundo podía achacarse fundamentalmente a la importancia que para la nación tenía el atender ante todo a las situaciones y necesidades que iban surgiendo de un ambiente, una de cuyas notas salientes parecía ser la total ausencia de estímulos expansivos más allá de unas fronteras en estado de mucha fluidez y, a lo sumo, de esa zona de influencia que cayó, por decisión propia y abandono ajeno, bajo la acción de la Doctrina de Monroe.

Pero esto podía deberse más que a una falta absoluta de interés por las cosas de ese mundo exterior, al presentimiento o la convicción de que no se disponía de medios para influir sobre ellas de una manera determinada y, por lo tanto, y para una actitud eminentemente pragmática, lo mejor sería actuar—tratar de actuar con frecuencia—en el sentido de influir para que los demás ciñesen también su propia conducta a las normas, altamente morales, de la no interferencia en los asuntos ajenos.

En eso se resume, sin duda, la política tradicional de simpatía con los territorios y países que podían encontrarse en vías de afirmar—o tratar de hacerlo—su propia personalidad nacional, de insistencia en la política de la «Open Door», la «puerta abierta», en Asia, de la intervención diplomática decidida—y decisiva—para cortar ambiciones expansivas como las que puso en evidencia el Japón a la terminación victoriosa de su guerra con Rusia y, en fin, la política de los famosos «14 puntos» de Wilson, de la cual ha sido consecuencia importante el gran esfuerzo hecho por los Estados Unidos—un esfuerzo inútil casi siempre—por evitar cosas como la partición del Imperio Otomano entre las potencias europeas que habían estado en lucha contra Alemania y sus aliadas, en definitiva entre Inglaterra, Francia e Italia.

Acaso lo menos que se pudiese decir, es que era un tanto especial, una manera de ver las cosas que había movido a Wilson a buscar—o exponer—razones para no declarar la guerra a los dos miembros menores, Turquía y Bulgaria, de las Potencias Centrales, seguramente con la esperanza de resistir mejor en el futuro cualquier tendencia a la partición y la desmembración, una de cuyas consecuencias inevitables sería el hacer más grandes y poderosos unos intereses por los cuales nunca se habían sentido una especial simpatía. Cuando al fin, y al cabo de dudas y vacilaciones, Wilson respondió a un llamamiento a la paz hecho por el Papa, calificó de «inconveniente» y «peor que inútil», como bases para la paz «los daños punitivos, desmembramiento de imperios, el establecimiento de ligas económicas egoístas y exclusivas», todo lo cual jamás podría incluirse entre los propósitos que habían llevado a los Estados Unidos a participar en aquella guerra.

En un estado de cosas como aquél, como todos, más o menos, los que se habían dado hasta entonces, ¿en qué situación acabarían encontrándose los Estados si como consecuencia de guerras y el mantenimiento o expansión de influencias monopolizadoras, el mundo o una gran parte del mismo cayese dentro del radio de una o más potencias o de ligas económicas formadas por esas potencias? No en balde en «una conferencia especial de la Comisión Norteamericana (en Turquía)... Djavid Bajá, jefe del Estado Mayor; Mahmud Bajá, un ex-general, e Izzet Bajá, que había sido gran visir en el momento del armisticio, solicitaron un mandato de los Estados Unidos para toda Turquía, y aseguraron al comisario que los Estados Unidos «podían descansar en el apoyo del Ejército turco».

A medida que iba pasando el tiempo, la posición de los Estados Unidos se había ido definiendo con precisión creciente en contra de la sostenida por sus aliados del mundo que había estado bajo el poder de la Sublime Puerta y en la que, bien se sabía desde hacía tiempo, había petróleo, un combustible cuya importancia subía de día en día y hacia el cual se sentía por los Estados Unidos una inclinación poco menos que irresistible. Es esto precisamente, la existencia de algo susceptible de identificación y definición, lo que permite alcanzar una mayor y mejor comprensión de la política exterior de los Estados Unidos. A pesar de no hablarse de ello más que para alusiones, porque, en realidad, los principios sobre los cuales se asentaba esa política eran de una

naturaleza de inconfundibles características éticas. Después de todo, lo fundamental podían ser situaciones como esa en que se encontró el emir Faisal, quien en un principio se «había sentido estimulado por la acogida que había tenido la causa árabe en la Conferencia de Paz (en París), pero desde entonces la situación había cambiado radicalmente, debido, es probable, a la actitud reacia de los Estados Unidos a participar en los asuntos mundiales, pues cuando visitó Europa la segunda vez encontró a Inglaterra y Francia metidas de lleno en diseños puramente imperialistas y tropezó con dificultades hasta para dejarse oír».

Acaso lo más cerca que se llegue de encontrar a manera de explicación clara para la posición que acabaron adoptando los Estados Unidos, tan contraria a la de Inglaterra y Francia, por el Oriente Medio, esté en el capítulo XI, con el título «Los Estados Unidos y los mandatos: el petróleo y los derechos norteamericanos». Empieza así:

«Los intereses específicos de los Estados Unidos en el tratado de paz con Turquía y el arreglo general de las cuestiones orientales quedaron establecidos en el principio de la Puerta Abierta y el mantenimiento de los existentes derechos y privilegios norteamericanos en los territorios que habían comprendido el Imperio Otomano, bien estos territorios continuasen bajo control turco, alcanzasen la independencia o cayesen bajo el control de otro Estado.»

Podían muy bien estas líneas resumir y explicar la posición de los Estados Unidos, que no era otra que la defensa de sus intereses, derechos y privilegios, cualesquiera que fuesen las circunstancias. El petróleo vino a ser un instrumento valioso para la definición primero y la comprensión de una política que continúa, en realidad, asentada sobre los mismos inmovibles principios, de manera muy especial ahora que se cuenta con mucho poder y una gran influencia, lo que facilita mucho, sin duda, el desarrollo de una tarea de esta ancha y ambiciosa naturaleza.

Más adelante y en el mismo capítulo, se advierte que el interés de los Estados Unidos «en el petróleo del Oriente Medio fué una consecuencia directa de la preocupación sentida en los Estados Unidos después de la guerra por el aparentemente rápido agotamiento de los recursos nacionales de petróleo. La gran expansión en el consumo de petróleo durante la guerra (la primera guerra mundial) había desviado la atención del Gobierno hacia el estado de las reservas disponibles para futura explotación. Las investigaciones realizadas parecían demostrar que en los dominios continentales de los Estados quedaría para poco más de veinte años al ritmo creciente del consumo. El resultado fue una preocupación creciente por los abastecimientos de petróleo futuros procedentes del exterior y el 31 de mayo de 1919 se enviaron instrucciones a todos los puestos consulares en las regiones en donde pudiese encontrarse petróleo para que informasen sobre las perspectivas de desarrollo, el control actual de los recursos petroleros y las perspectivas de participación norteamericana en la producción de petróleo en sus distritos».

El petróleo se estaba convirtiendo en la nota dominante, en la gran preocupación de la política norteamericana sobre el Oriente Medio y, por lo tanto, estaba en sus comienzos, por lo menos, el desarrollo de una política de recelo, antagonismo y, en definitiva, rivalidad entre los Estados Unidos y otras potencias. Con frecuencia y energía crecientes, el petróleo empezó a ocupar una posición preponderante en la posición que los Estados Unidos parecían decididos a mantener por el Oriente Medio. Que necesitaba tener en cuenta, sin duda, las posiciones ganadas o conquistadas previamente por otras potencias. En definitiva, por una, principalmente: la Gran Bretaña.

Eran los días en que el Gobierno británico se sentía fuerte y animoso para salir en defensa de lo que, estaba completamente seguro, eran unos derechos fuertemente establecidos y que deberían de ser ampliamente reconocidos, y aceptados y respetados. Por eso la respuesta a las notas, cada vez más insistentes y más insinuadoras, que llegaban de Washington podía ser ignorada durante más o menos tiempo y acabar siendo, en ocasiones, objeto de respuestas capaces de resultar de difícil lectura allá por el otro extremo. Pasaron muchos días y hasta algún mes para que las notas de los Estados Unidos recibiesen respuesta y cuando al fin la recibían podía ser del tono de una de lord Curzon, del 9 de agosto de 1920, el año en que se había firmado, en San Remo,

RECENSIONES

un acuerdo anglofrancés sobre el petróleo del Oriente Medio, precisamente. Empezó hablando de las quejas y protestas norteamericanas sobre las ventajas que se decía habían recibido de los intereses petroleros ingleses en la Mesopotamia, para advertir que había tenido la impresión de que los temores norteamericanos eran infundados, como se había demostrado. No se había emprendido tarea alguna de explotación del petróleo en la región salvo por razón de necesidades militares y «carecía de fundamento» la sospecha de que Inglaterra se había preparado, durante el período de la ocupación militar, para asegurar un control exclusivo del petróleo. Después de aludir a las «impresiones muy equivocadas» que por los Estados Unidos se tenían sobre la política petrolera británica, lord Curzon comparó la producción de petróleo bajo control británico, el 4,5 por 100 de la producción mundial, y advirtió como la norteamericana subía al 80 por 100.

La posición de supremacía que ocupaban los Estados Unidos eran evidente y, además, parecía asegurada para muchos años y no había justificación para suponer siquiera que estuviese amenazada por la Gran Bretaña. «El estado de nerviosismo—añadía la nota de lord Curzon—de la opinión norteamericana, en relación con las actividades acaparadoras de los intereses petroleros ingleses, parece algo singularmente desventurado en vista de los hechos.»

Pero aquello no hizo, en el mejor de los casos, más que acusar la existencia de un motivo de seria rivalidad que continuó enturbiando durante años las a menudo buenas relaciones entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña.

JACINTO MERCADAL.

WATT, D. C.: *Survey of International Affairs*, 1961. Royal Institute of International Affairs. Oxford University Press. Londres, 1965. 652 págs.

Decir que un libro es indispensable no significa gran cosa cuando se tiene en cuenta que son tantos los libros «indispensables» que se publican, más cada año, y que son tantas las veces en que se piensa, por lo menos, en lo necesario cuando no enteramente indispensable que puede resultar un libro capaz de proporcionar una gran satisfacción o de llenar funciones de verdadera importancia en el desempeño de una tarea profesional. Para llegar, en definitiva, a la conclusión de que un libro como éste puede resultar de una gran utilidad, acaso muy necesario también, para muchas personas. Incluso en el caso de que no tenga otro mérito especial que el de ofrecer una impresión resumida y, a la vez, documentada, de la situación general del mundo en un año determinado. Entre los muchos libros, en número casi infinito ya, que se publican regularmente con la finalidad de ir cubriendo lo más adecuadamente posible las necesidades de una época tan especializada como la nuestra, estos del Royal Institute of International Affairs son algo que merece un sitio aparte.

Y unas veces por una cosa o por otra, con frecuencia por muchas cosas a la vez, cada cosa tiende a tener un interés mayor y, con frecuencia particular. El de 1961, por ejemplo, que no se explica bien por qué se ha de presentar al lector—o al especialista—cuatro años más tarde en estos tiempos de grandes progresos, velocidades y maneras poco menos que instantáneas de recibir y transmitir las noticias que dan cuenta de la marcha de los acontecimientos. Quizá se trate, en casos como este, de conceder un margen de alguna consideración para la comprobación, la depuración y hasta un poco de sedimentación también, que hace posible examinar un panorama con una cierta actitud retrospectiva capaz de imprimir a los hechos una valoración más a tono con el ambiente en que se han producido que lo que es posible o razonable esperar cuando se trata de llegar a conclusiones decisivas y definitivas en el momento mismo de ser conocidos.

Que no es pura casualidad o desidia se observa no solo por el mantenimiento general

de lo que es ya una costumbre, sino por la alusión más de una vez a sucesos y circunstancias que hablan claramente de una preparación muy posterior.

Basta para darse una idea de la importancia que ha tenido este año—el de la llegada, en sus mismos comienzos, de John F. Kennedy a la Casa Blanca—con ver el índice de capítulos, cada uno de ellos obra de un especialista. Como cualquier otro año de la postguerra y de manera muy particular como cualquier año de este nuevo período que casi se podría considerar como de postguerra fría, 1961 tiene un interés particular por cosas como la reunión Kennedy-Kruschev en Viena, el estado general de las relaciones entre el Occidente y el Oriente, con crisis como la de Berlín, pero acaso más llamativamente todavía por empezar a tener un carácter tan peculiar el estado de las relaciones dentro de uno y otro de los grandes, inmensos campos en que se fué dividiendo el mundo salido de la segunda guerra mundial.

Por un lado, se encontraba la situación dentro de la O.T.A.N., por ejemplo; por el otro, el avance rápido de un claro, a veces espectacular, proceso de dislocación que estaba arrastrando a China y la Unión Soviética hacia posiciones de irreconciliable antagonismo. Y, por supuesto, el estado de cosas, con frecuencia caótico, que existía por lo que se ha dado en llamar el «Tercer Mundo», con notas salientes como la del Congo, la situación en Argelia, la anexión de Goa por la India, el comienzo de la decadencia, por lo menos, del neutralismo, puesta de manifiesto en la conferencia de Belgrado y tantas cosas más que sólo para la catalogación necesitarían de un espacio mucho mayor que el que hay disponible en este momento.

Como suele suceder, las cosas de un momento determinado llegan a adquirir una significación especial cuando, con el paso del tiempo, pueden servir no solo para recibir una valoración acaso históricamente mejor justificada, sino para comprender mejor algo de lo que puede estar sucediendo en otro tiempo posterior. Ahora, por ejemplo, que está tan de actualidad, desde hace un año por lo menos, el tema de las relaciones interamericanas a causa de la intervención militar de los Estados Unidos en Santo Domingo y del mucho, casi enconado, empeño puesto en la creación de una fuerza militar interamericana destinada a proteger y justificar medidas como esa que llevó de nuevo a los «marines» a la República Dominicana cuando se tenía la impresión que eso de la intervención directa de una potencia en los asuntos de otra, allá por el hemisferio occidental, era agua que había dejado atrás al molino hacia largo tiempo.

Pero aquí está, contada con una objetividad grande y depurada, la historia de la expedición que ya no se puede calificar como de exiliados cubanos, sino de una fuerza al servicio de los Estados Unidos y financiada, organizada y dirigida por los Estados Unidos, aunque la inmensa—la casi totalidad—mayoría de los participantes directos no fuesen norteamericanos, cuyo objeto era poner fin al régimen de Fidel Castro. Y ahí está también una presentación en la que se advierte:

«Esos observadores que encontraron difícil el asociar tales informaciones (las relacionadas con los preparativos que bajo la dirección de la C.I.A., la poderosa organización norteamericana de información y actividades clandestinas, se estaba haciendo con miras a emprender una gran operación de desembarco en Cuba) con las anteriores tendencias de la política latinoamericana de los Estados Unidos, o con sus obligaciones bajo anteriores tratados panamericanos, de manera muy especial el Convenio de La Habana de 1928 (contra la intervención de los habitantes de un país en los asuntos internos de otro), por no decir nada de las obligaciones como miembro de las Naciones Unidas, deberían quizá considerarse avisados sólo con observar el estado actual de la opinión norteamericana que, por no hacer un hincapie exagerado en ello, había alcanzado un tono de rabia y temor que hacía pensar en que tales obligaciones no eran más que entorpecimientos diseñados para tener a los Estados Unidos maniatados, pero que sus adversarios se encontraban en la más completa libertad de echar en olvido sin recibir censura o castigo por sus acciones. La opinión de los Estados Unidos tomó como artículo de fe que el Gobierno de Cuba estaba dominado por los comunistas, que el mismo Castro era comunista y que Cuba se encontraba en proceso de convertirse en un satélite soviético total.»

Y, se añade ahora, con la autoridad que da, sin duda, el haber realizado tareas con-

RECENSIONES

venientes de investigación, depuración y comprobación, ese convencimiento de que la norteamericana «estaba mucho más cerca de la verdad que esa gran masa de partidarios con que Castro contaba entre los liberales, radicales y socialistas europeos, que se negaron a creer que la revolución cubana, cuyos aspectos sociales parecían ser tan profundamente merecedores de aprobación, podían en términos internacionales y políticos haberse desarrollado hasta convertirse en una especie de tiranía como la que se estaba esbozando en la Prensa norteamericana».

Aquel acontecimiento, que se explica en este caso en forma resumida, pero con la necesaria amplitud y manifiesta competencia, podía significar más que el retorno de los Estados Unidos a la política tradicional en sus relaciones con Hispanoamérica, el hecho de que, en realidad, esa política no había sufrido ninguna alteración esencial en relación con lo que había sido en los días de Eisenhower y quizá incluso de Truman y, por supuesto, en los días anteriores a Roosevelt. Los cambios que podían haberse observado eran, en más de una ocasión, engañosas apariencias detrás de las cuales estaba la realidad de la prontitud con que Eisenhower había ordenado el envío inmediato de «marines» a la base de las Islas Vírgenes, para estar listos para dar el salto a Venezuela, en el caso de que la increíble vergüenza a que habían sido sometidos el entonces vicepresidente Nixon y su esposa, en el curso de una visita oficial a Caracas, hubiese pasado de los insultos a los escupitazos.

Lo que acaso pudiese acabar teniendo una importancia especial para los Estados Unidos fué la actitud, en general de censura, a menudo de hostilidad, con que al fin se encontraron, dentro y fuera de las Naciones Unidas. «Los efectos en Europa alcanzaron, como se podía predecir, tres categorías. El centro liberal y los compañeros de viaje de la izquierda organizaron las acostumbradas manifestaciones de desaprobación y el «Guardian», por ejemplo, calificó el fracaso de la invasión como «una humillación resonante y merecida.» En Francia, «Le Monde» comentó que la tragedia del presidente Kennedy era que su garrote no bastaba ya. En Alemania e Italia, las emociones principales eran de ansiedad por las consecuencias de la pérdida de prestigio sufrida por el régimen de Kennedy y la predisposición a jugar con el fuego que se creía que la promoción de la invasión de Cuba había puesto de relieve. Un comentario llegó a decir que Kennedy había hecho que los Estados Unidos perdiesen más prestigio en una semana que la «dirección senil» de Eisenhower en ocho años».

En contraste con esto, se coloca la reacción producida en los Estados Unidos, donde «el efecto del desastre y la humillación sufridos... consistió principalmente en unir a la nación y realzar el sentimiento de solidaridad nacional frente a la debilitada posición norteamericana en el mundo que el presidente Kennedy había intentado despertar durante la campaña electoral. Las recriminaciones quedaron confinadas a los fallos increíbles de las autoridades de la C. I. A. y al grado de responsabilidad que habría de ser achacado a los distintos consejeros del presidente, casi como si fuese una especie de monarca constitucional inmune por convenio a la crítica y desprovisto de responsabilidad. Sus principales energías se dedicaron a una serie de reuniones con las principales figuras del Partido Republicano con la finalidad de anticiparse a cualquier política partidista que pudiese dislocar la apariencia de unidad nacional que quería poner de manifiesto de cara al mundo exterior».

Se califica esta unidad como algo realmente extraordinario. «Las manifestaciones en masa de oposición que habían acompañado (por los Estados Unidos) a la expedición británica contra Suez en 1956 faltaban por completo, así como el prolongado y acalorado debate sobre lo bueno y lo malo de aquella acción. La opinión norteamericana estaba unida para dar la bienvenida al intento por acabar con Castro y para lamentar su fracaso. La condena, en el caso de poder oírse, se centraba en el error de su concepción y en una ejecución a medias nada más. De cara a la crítica externa, la opinión norteamericana continuó, con ligeras excepciones, mostrándose incorregible hasta el punto del «chauvinismo».

Una actitud que explica, sin duda, el tono de advertencia que adoptó el presidente Kennedy unos pocos días después en el discurso pronunciado ante una reunión de directores de periódicos, para que el Gobierno cubano se abstuviese de sacar partido

RECENSIONES

a una situación que pudiera parecerle altamente favorable y para evitar, a ser posible, la ejecución sumaria de los prisioneros cubanos o de los norteamericanos que pudiesen ser detenidos. «Nuestra moderación—advirtió Kennedy—no es inagotable. Si llegase a perecer que la doctrina interamericana de no interferencia meramente oculta una política de no acción, si las naciones de este hemisferio fallasen de la obligación de hacer respetar los compromisos contra la penetración del exterior, entonces yo quiero que se comprenda bien que este Gobierno no vacilará en hacer cumplir sus obligaciones fundamentales, que son la seguridad de esta nación».

Estaba claro, pues, que existía el propósito de que la política exterior norteamericana se mantuviese fiel, lo más fielmente posible, a una tradición que en lo tocante a Hispanoamérica había llegado a tener unas características muy especiales. Esto se podría ver anchamente confirmado y capazmente explicado en el largo capítulo dedicado, de una manera especial, a Hispanoamérica, en este admirable resumen de los grandes acontecimientos de un año en cierto modo, de muy especial interés.

JAIME MENEDEZ.

MAJONICA, ERNST: *Deutsche Aussenpolitik. Probleme und Entscheidungen*. Stuttgart, 1965, W. Kohlhammer Verlag, 322 págs.

Quien presta sistemáticamente atención a la cuestión alemana tiene que preguntarse si puede, hoy día, hablarse de una «política exterior alemana». A raíz de la segunda guerra mundial, las potencias victoriosas decidían sobre Alemania sin Alemania. Del antiguo conjunto de territorios quedaron sólo la República Federal, por un lado, y la llamada República Democrática Alemana, por otro. Para el mundo libre, Alemania occidental es el único Estado alemán legal y soberano; para el bloque ruso-soviético es el régimen de Pankov. El mundo neutralista pretende jugar ambas cartas.

Esta es, propiamente dicho, toda la problemática de la política exterior alemana, que para nosotros es la de la República Federal. Ha de tener en cuenta—a largo plazo—la existencia de dos grandes bloques ideológicos y políticos, con Washington y Moscú al frente, respectivamente. Porque con la existencia de estos dos bloques queda condicionada la unidad del pueblo alemán. Pankov pertenece al sistema moscovita. Entonces, ¿cómo realizar la reunificación de Alemania si la Unión Soviética boicotea sistemáticamente al derecho de autodeterminación? Otro problema clave es la integración europea, que no puede darse sin un auténtico entendimiento franco-alemán. Sin embargo, ¿cómo llegar a la federación europea si Francia defiende la tesis de una integración a base de los Estados existentes ignorando la existencia de pueblos? ¿Cuál ha de ser la postura frente a los pueblos de la Europa Central, Oriental y Suroriental? A Alemania le interesa mucho la colaboración europeo-norteamericana y, por lo tanto, su propia seguridad.

Volvamos al problema central. Depende de la propia Alemania si se puede hablar de una política exterior germana. Aparte de estos tres problemas fundamentales que pesan sobre el gobierno de Bonn, éste dispone de enormes posibilidades entre los pueblos del «Tercer bloque», sobre todo en el campo de la ayuda económica y técnica. Pero, para contrarrestar los efectos de la propaganda comunista, tendrá que probar que sus intereses están conformes a los principios de la libertad, de la paz y de la unidad a base de la «coexistencia pacífica».

Desde el punto de vista representado por los pueblos de la Europa Oriental será este el problema más importante para la República Federal: creación de presupuestos reales de una convivencia con los mismos (es decir, no con los Estados existentes, sino con los pueblos). Se trata del futuro europeo y las circunstancias son bastante desfavorables. Cualquier gobierno de Alemania occidental ha de tener presente este hecho.

RECENSIONES

Majonica es Presidente del Comité político-exterior del CDU/CSU y uno de aquellos hombres que observan la vida política con realismo. Es optimista, con toda razón, porque el proceso de transformación que necesariamente experimentan los pueblos bajo el comunismo señala tendencias de que la naturaleza humana se abrirá, tarde o temprano, paso hacia la libertad. El proceso de desintegración dentro del comunismo es buena prueba de ello.

Hablando políticamente, la solución de la cuestión alemana no debería aplazarse esperando una cristalización de la transformación ideológica en la Unión Soviética. Por el contrario, Alemania ha de presentar iniciativas y actuar en conformidad con ellas a fin de ejercer una positiva influencia sobre un acercamiento germano-europeo-oriental. En cuanto a la reunificación del país, las experiencias nos enseñan que ningún gobierno soviético está dispuesto a sacrificar el régimen de Pankov. No obstante, también en este terreno es preciso emprender pasos contando con el apoyo de las potencias occidentales. En ningún caso es admisible una colaboración con los comunistas en el territorio alemán. En cambio, la política de una ayuda activa a los esfuerzos de independización de los pueblos europeo-orientales no significa hacer a la U. R. S. S. concesiones de vital importancia. Y la República Federal no se compromete para nada.

Estas son las principales ideas del presente y muy constructivo libro. Aborda toda una serie de cuestiones político-exteriores, desde la era adenaueriana hasta la actualidad, incluyendo algunos documentos de suma importancia. En conclusión: existe una política exterior alemana, pero los pueblos del centro, Este y Sureste europeo esperan del gobierno federal actos concretos con vista a la futura convivencia internacional que siempre es posible.

STEFAN GLEJDURA.

QUESTION 1

1. The following table shows the number of people who visited a museum in each month from January to December. The number of people who visited the museum in each month is given in the table below.

Month	Number of people
January	120
February	150
March	180
April	200
May	220
June	250
July	280
August	300
September	280
October	250
November	220
December	180

2. The following table shows the number of people who visited a museum in each month from January to December. The number of people who visited the museum in each month is given in the table below.

Month	Number of people
January	120
February	150
March	180
April	200
May	220
June	250
July	280
August	300
September	280
October	250
November	220
December	180

3. The following table shows the number of people who visited a museum in each month from January to December. The number of people who visited the museum in each month is given in the table below.

Month	Number of people
January	120
February	150
March	180
April	200
May	220
June	250
July	280
August	300
September	280
October	250
November	220
December	180

4. The following table shows the number of people who visited a museum in each month from January to December. The number of people who visited the museum in each month is given in the table below.

Month	Number of people
January	120
February	150
March	180
April	200
May	220
June	250
July	280
August	300
September	280
October	250
November	220
December	180